

TEATRO

vincente en el realismo de algunas fases, le falta una esencial dimensión vigorizadora. Una ordenación, en lo profundo, más crítica.

En la actitud realista y crítica de Chejov —con respecto a personajes, valores culturales de la sociedad analizada, relación de los personajes entre sí, moral de la empobrecida aristocracia en su relación con sus antiguos servidores, las posiciones resignadas o rebeldes de estos servidores, la "inutilidad" de ciertos estamentos intelectuales, el enfrentamiento de las actitudes nostálgicas a las actitudes creadoras, y tantos otros puntos—, montada sobre el cadáver del romanticismo, está el arranque —otro vértice es Strindberg— del mejor teatro contemporáneo. Lo "chejoviano" es un elemento que cabe rastrear y descubrir en muchos autores. No es tampoco una casualidad que de la colaboración Chejov-Stanislawsky salieran una serie de ideas sobre la interpretación teatral que, en líneas generales, siguen en el primer plano —si exceptuamos las teorías del teatro épico— de la enseñanza dramática.

Los intérpretes de "La gaviota" se sometieron disciplinariamente a la ordenación dispuesta por González Vergel. Sólo Asunción Sancho me pareció un tanto marginal al intimismo subrayado por el director. Asunción es actriz con tendencia a una violencia expresiva, a una extroversión declamatoria, que no encajaban en el drama. Rafael Llamas, que se presentaba en Madrid, me pareció un actor muy aprovechable. Un actor bien acoplado a las demandas de su personaje el Escritor, así, con mayúscula irónica. Ana María Noé estuvo también excelente en la mayor parte de sus escenas. Aunque defendiera mejor el lado fanteche de su tipo —una "primera actriz" en el ocaso— que los contrapuntos patéticos. El reparto es largo y quiero citar los nombres de Mari Paz Ballesteros, Pepe Codoñer y Ricardo Llamas. Los decorados y figurines —el del primer acto me pareció sensacional, por su profunda adecuación a lo más definitorio del drama— eran de Victor M. Cortezo.

Hubo aplausos discretos al final de cada cuadro. Concluida la representación, éstos fueron más firmes, mezclándose a ellos algunos gritos de protesta y varios bravos.

Yo salí con la impresión de que habíamos visto no un espectáculo —al margen del texto— rechazable, sino un espectáculo frustrado, que es cosa bien distinta. La conjunción Chejov-González Vergel tenía que ser, en el peor de los casos, interesante. De las que deben verse.

"Nina", de roussin, o el ocaso del vodevil

He aquí una comedia a la que nadie se atreverá a regatearle ingenio. He aquí una de esas comedias que acreditan el "gran oficio del autor". He aquí una de esas obras a las que puede aplicarse lo de audaz, sorprendente, muy francesa, magistral en su género, etc., etc. Y, en resumen, he aquí, por paradójica que parezca

la suma de tales sumandos, una comedia que no interesa absolutamente nada. Absolutamente nada.

Las causas de esta aparente contradicción están en que todas las virtudes de "Nina" son rigurosamente "teatrales". La historia de tres se sitúa en un plano de deshumanización en un tal juego de simple ingenio, que resulta tremendamente lejana. El artificio llega a ser insostenible. Y es el caso, querido lector, que el vodevil tradicional parece estar montado sobre esta concepción casi geométrica de las relaciones entre tres vértices: la mujer, el marido y el amante.

Humanizar el vodevil —y no me refiero, claro, a esa seupoesía de, por ejemplo, "Juan de la Luna"— es peligroso, porque parece obligar a ciertas actitudes moralizadoras. Y en el vodevil es evidente que el sermón, por discreto que sea, está de más. Queda quizá como único camino la sátira. Un camino que, a fin de cuentas, apuntó ya Georges Feydeau, creador del moderno vodevil, y en el fondo un cronista satírico de cierta sociedad de su tiempo.

Pero no es cosa de dejarse llevar por las sugerencias que suscita la decadencia de un género menor, pero de tanta raigambre dentro del teatro burgués como el vodevil. En su muerte hay que ver, sobre todas las cosas, la presencia de otra problemática, la revisión de los supuestos —una hipocresía fenomenal— sobre los que descansaban las historias reales y dramáticas de los adulterios. Lo que no significa que esa hipocresía haya desaparecido, sino que —y ya es importante— que no interesa a nadie.

Los tres intérpretes de "Nina", adaptada por Arozamena y Ruiz Iriarte —este último también director— están dentro de la convención del vodevil, en especial Conchita Montes. Los otros dos son Rafael Alonso, en el marido cómico, y Francisco Piquer, en el amante digno.

Se aplaudió al finalizar los actos. Pero tibiamente. Los tiempos de "Nina" —y hay que alegrarse de ello— han pasado.



EN PROGRAMA ESPAÑOL

JOAQUÍN
ACHUCARRO
R. C. A.
LM 16.298

POCOS pianistas españoles han conseguido en menos tiempo más unánime y universal estimación que Joaquín Achúcarro. No cabe duda que su caso es verdaderamente excepcional en el panorama de nuestros intérpretes contemporáneos. Los más prestigiosos críticos y musicólogos de todo el mundo han dedicado a este joven y ya ilustre pianista sus mejores elogios.

Tres grandes compositores llenan la mayor parte del repertorio de muchos pianistas: Falla, Granados y Albéniz.

Quizá por ser repertorio de muchos es más difícil dar una auténtica personalidad a cada ejecución. Pero éste no es el caso de Achúcarro, que ha sabido extraer de estas inmortales páginas nuevos sonidos y tonalidades. Achúcarro nos ha sabido mostrar nuevos valores en «El sombrero de tres picos», «Granada» o «La danza española número 5».

Como español y aficionado de verdad a la música me siento orgulloso cuando un compatriota traspasa la frontera llevando a otros países su arte. Ya en 1959 le fue concedido el primer premio del Concurso Internacional de Liverpool, refrendado al año siguiente con la obtención de la Harriet Cohen Medalla, galardón reservado para el mejor pianista joven del año.

En la personalidad de Achúcarro se reúnen con ejemplar armonía una admirable perfección técnica y un sentido de la creación artística rigurosamente magistral.

«Raras veces se escucha una obra como si hubiese un corazón dentro de ella», dijo a este respecto el crítico del «Daily Telegraph». Realmente esta es la mejor definición del arte del pianista. Su sólida preparación musical y su avasalladora vocación han dado como resultado la identidad, nada común, entre la habilidad interpretativa y la creadora pasión.

Achúcarro nos ofrece en este disco R. C. A. una selección entre las composiciones más famosas de Falla, Albéniz y Granados.

De entre ellas preferimos «Las cuatro piezas españolas», de Falla. Quizá veamos en ella la mejor demostración de la personalidad, técnica e inspiración de este joven pianista.

Técnicamente la grabación es buena. Responde a los más modernos sistemas de alta fidelidad. De todas formas quizá encontremos el sonido del piano un tanto opaco como influenciado por la sala en que se hizo el registro. Pero esto, en realidad, no hace desmerecer la alta calidad musical de la grabación y mucho menos la actuación de Joaquín Achúcarro.

Esperamos para esta grabación y su intérprete el éxito que merecen. Y la gran variedad de autores interpretados por Achúcarro en la anterior grabación (R. C. A. 16.920) se amplía en las vinetas uniéndose a su ya extenso repertorio las más famosas páginas de otros compositores contemporáneos hoy conocidos en el mundo entero.



esta semana recomendamos...

- Quincy Jones y su orquesta nos ofrecen dos grabaciones en el nuevo ritmo de la Bossa Nova.
- The Four Dreamers y cuatro conocidas melodías. Escúchenlos en «Savoir aimer».
- Nuevas creaciones de Al Orlola; esta vez con la colaboración de Ralph Marterie. Una original versión del archipopular tema de Padilla, «El rellucario».
- «Cállate la boca». No., que no lo haga, que siga cantando. Se trata de Julia Diaz.
- María Helena, la triunfadora del Festival de la Canción del Duero, en cuatro creaciones, «Ave María no Morros», la de mayor personalidad.
- «I remember you»: una auténtica creación de Frank Ifield.
- Elvis Presley y dos canciones del film «Gris, gris, gris, Escuchen «Devolver al remitente».
- Autor e intérprete: Leny Escudero. Un español afincado en París. Nos gustan sus canciones. Principalmente «Ballade à Sylvie».
- Kris Jensen, un nuevo valor en la larga serie de intérpretes del momento. «Tortura», una buena creación.
- Adriano Celentano canta cuatro nuevas melodías: «Nikita Rocks».